

**LA "SALA DE ESTUDIOS DOMINICANOS
INCHAUSTEGUI CABRAL"***

Por Mons. Agripino Núñez Collado.

Iniciamos este acto con una sensación de nostalgia por la ausencia material de don Héctor en este recinto y en esta Biblioteca, en la que él tanto disfrutaba cada vez que se realizaba un acto enaltecedor de los valores del espíritu, cada vez que en las páginas de un libro se echaban a rodar las ideas; cada vez que él mismo, como tantas veces, era el panegirista de una nueva obra de la Colección que, bajo su orientación y dirección, hoy se enriquece con el volumen número cincuenta, que es precisamente el último que dejó corregido.

Y digo nostalgia por la ausencia material de don Héctor, porque espiritualmente él está presente y vivo en esta comunidad universitaria en el corazón de todos y de cada uno de los que le conocimos y le tratamos.

Se dice que los hombres pasan y las instituciones permanecen y esta apreciación, en gran medida, sirve de justificación para las grandes creaciones de la humanidad. Las civilizaciones han pretendido siempre perpetuarse a través de monumentos o de símbolos espirituales que influyan sobre la conducta de los hombres, los que se conservan y respetan de generación en generación. Así, en el pasado unos construyeron pirámides y otros el método dialéctico. Grecia, junto a sus escuelas filosóficas levanta su Acrópolis. La cultura hispánica es valiosa, no sólo por algunas monumentales edificaciones, sino, sobre todo por habernos legado a Miguel de Cervantes, a Santa Teresa de Jesús, a Lope de Vega y, particularmente aquí, al Padre Bartolomé de Las Casas y a Fray Antón de Montesinos, entre otros; pues los monumentos a veces duran tanto como la vida material del hombre. Lo que perdura del hombre, más allá de sus obras materiales, son las realizaciones de su espíritu y de su capacidad creadora, sus creaciones artísticas o literarias.

* Palabras pronunciadas el 12 de febrero de 1980 en el acto de inauguración de dicha sala en la Biblioteca de la UCMM.

En nuestro país, como se sabe, en el pasado no se hizo Literatura, y los pocos que lograron apartarse del enorme muro de nuestros tristes horrores —como diría don Héctor— y sentarse a escribir, tuvieron como recompensa una vida de privaciones y, en muchos casos, el desdén y el olvido.

El oficio de escritor en estas tierras donde, como dice José Joaquín Pérez, “siempre seca lágrimas el sol”, fue un trabajo sin brillo, reservado, según algunos, a los frustrados sociales.

Pero, he aquí que la Universidad, como creación del espíritu y guardiana de la cultura, debe preocuparse también por las necesidades complementarias para la realización del hombre, y las exigencias legítimas de la vocación y de la profesión. La protección del pensamiento científico, de la filosofía y del arte son parte del patrimonio imprescindible de la comunidad. La cultura, hoy más que nunca, representa, para todos los hombres de este siglo, un recurso vital de ubicación y de autoposesión.

El Humanismo, entendido como ciencia del hombre, es consubstancial con la Universidad; pero Humanismo, entendido como búsqueda, como establecimiento y exaltación de los más elevados valores de la cultura y como comprensión objetiva de la persona humana en todas sus posibilidades: ciencia, ética, filosofía, historia y arte.

Alguien ha dicho, con razón, que la auténtica universidad presenta el carácter original de ser una escuela de Humanidades. Y es que la auténtica universidad no puede limitar su acción a la mera transmisión de conocimientos. La Universidad tiene el deber de contribuir al nacimiento y al florecimiento de la ciencia y de la cultura; debe incitar a la búsqueda del conocimiento, que es lo mismo que decir al encuentro de la verdad. El concepto de universidad en la plenitud de su valor no puede separarse de las exigencias de la búsqueda fundamental y desapasionada de la verdad, que la conduzca, tanto a ella como institución, como al hombre al que sirve, al cumplimiento y realización de su vocación.

Me atrevo a afirmar que este concepto de universidad fue lo que atrajo a don Héctor cuando, en el año 1966, llegó a nuestra Institución con su carga de experiencia y con su ganado prestigio, tanto en el ámbito nacional como internacional. La Universidad significó para él el complemento que le faltaba para redondear su personalidad intelectual y de hombre de bien. El, que había enseñado con su ejemplo durante toda su vida, en la Universidad se hizo maestro; es

decir, pudo ya influir sobre un público más homogéneo y de una incidencia más alta sobre los destinos del país. Sabía que ser maestro, como se ha dicho, constituye una especie de cirio, que se va consumiendo mientras alumbraba, pero que deja la esperanza y la satisfacción de que la luz que se irradia se multiplique en otros, que se convertirán en nuevos cirios que irradian más brillantes destellos en bien de los demás.

La vocación de maestro está inseparablemente unida a la generosidad, a la comprensión, a la preocupación y al amor por los demás, a la entrega sin reservas, sin mirar el reloj, a la siembra de optimismo y esperanza. Don Héctor fue un auténtico maestro, sereno, paciente, conciliador, sembrador de confianza y de fé, siempre más cerca de Dios que de las cosas materiales. Fue amigo y maestro de cada uno de nosotros, aún de aquellos que ocupábamos una posición en la Universidad jerárquicamente superior a la suya. Era un convencido de que en la Universidad, según sus propias palabras, se “aprende a aprender”, por lo cual “son necesarios desvelos adicionales que exigen humildad, pues sólo los humildes aprenden”.

Como maestro fue también un gran propulsor de la actividad de publicaciones de la Universidad. A él se debe, en gran medida, el auge y la calidad de nuestra colección de obras cuyo título número cincuenta, como indiqué antes, lleva su firma y lo pondremos a disposición del público en este día. La Revista *Eme—Eme, Estudios Dominicanos*, cuyos artículos, como afirmó el mismo don Héctor, no son más que “la suma de pequeños libros que no quieren esperar, que se lanzan a la luz pública hasta para despertar el interés que puede conducir a obras mayores”, constituyó una de sus grandes satisfacciones.

Don Héctor estaba convencido de que había que publicar, de que había que dejar —según sus propias palabras— “libros, libros editados”. Y sabía que el material que no se edita “...corre el riesgo de dormir el sueño sin sueños de la muerte”. Lo importante para él, sin embargo, no era el libro como objeto de ostentación intelectual, de vanagloria para el escritor, sino el libro como contribución al proceso formativo de las generaciones y por lo que representa como realización para el que escribe; en una palabra, el libro como testimonio, dice don Héctor “del maestro de escuela que no he podido matar en mí”.

Tenemos la satisfacción de que Don Héctor estuvo entre los primeros dominicanos que fueron distinguidos con el más alto honor

que otorga la Universidad: el Doctorado "Honoris Causa", la que también le otorgó, como maestro, el rango de Profesor Emérito y, como escritor, tuvo la honra de tenerlo como Escritor Residente.

Al dejar abierta esta "Sala de Estudios Dominicanos Incháustegui Cabral", en la cual está también la biblioteca de Joaquín Marino, la Universidad ha querido que otra de las preocupaciones de don Héctor reciba un nuevo impulso: el incremento de la producción bibliográfica nacional, que hasta hace unos años representaba un catálogo de libros viejos de difícil adquisición.

Esta Sala de Estudios Dominicanos, que se honra con los apellidos de dos compatriotas tan ilustres y que será enriquecida con los fondos de nuestra Biblioteca, junto a otras colecciones donadas por instituciones privadas y particulares, quisiéramos que constituyera, especialmente para nuestros profesores y estudiantes, una invitación permanente al estudio e investigación de la realidad dominicana, como medio de perfilar las características y rasgos de nuestra identidad nacional. Asimismo, deseamos que, tanto la vocación de investigador de Joaquín Marino, como la capacidad de escritor y de comunicador de don Héctor y, particularmente, su vocación de maestro, nos iluminen a todos en el aprovechamiento del tiempo para el logro de una sociedad mejor que la que inspiró los *Poemas de una Sola Angustia*.

Ojalá que este homenaje que, justicieramente, se hace al ejemplo de los hermanos Incháustegui Cabral signifique una invitación a todas las personas e instituciones de nuestro país que pueden contribuir al fortalecimiento cultural de las instituciones educativas con parte de su patrimonio material y bibliográfico a colaborar con ellas en la medida de sus posibilidades. Esta contribución no necesariamente debe materializarse con la donación de una biblioteca, sino, al menos, entregando el libro o libros que nos sobran. Hay tantas escuelas y centros de formación donde los estudiantes apenas tienen para leer algunos libros de texto.

Agradezco la presencia de todos los que nos acompañan en este homenaje de la Universidad a un distinguido historiador dominicano y a uno de sus más distinguidos colaboradores.

Hoy pondremos en circulación la obra que don Héctor dejó corregida en su mesa de trabajo. Siento especial satisfacción de que las palabras de presentación de *Escritores y Artistas Dominicanos* las pronuncie el doctor Freddy Gatón Arce, ligado a don Héctor no

solamente por la afinidad, literaria y poética, sino también por una entrañable amistad. También dirá algunas palabras otra persona que es parte importante de esta Universidad por su condición de miembro distinguido de la Junta de Directores, ligado a don Héctor no solamente por vínculos de sangre y por la vocación de periodista, sino también por los lazos de una estrecha amistad. Me refiero a don Rafael Herrera Cabral, Doctor "Honoris Causa" de esta Universidad, quien nos expresó su deseo de decir algo de lo que quiso y no pudo decir, por el dolor que le produjo la separación material de don Héctor.

Las letras de bronce en las caobas de esta Sala recordarán siempre a esta comunidad el nombre Incháustegui Cabral, pero quiero reafirmar que, por encima del significado de las letras y del espacio que le dedicamos, el principal monumento de Joaquín Marino y, especialmente, de don Héctor está en la mente y en el corazón de cada uno de nosotros,

*"Mientras el hombre tenga que arrastrar
enfermedad y hambre,
y sus hijos se esparzan por el mundo
como insectos dañinos,
y ruedan por montañas y sabanas,
extraños en su tierra...
... Mientras haya promiscuidad en el triste aposento campesino
y sólo se coma por las noches..."*

Les invito ahora a escuchar la palabra docta del escritor y poeta, don Freddy Gatón Arce, en la presentación de la obra *Escritores y Artistas Dominicanos*, de don Héctor Incháustegui Cabral.